

mara y la tienda de campaña tenían en Santa Elena sus representantes; un servidor, muy apreciable por su fidelidad al amo que había elegido, fué a colocarse al lado de Bonaparte como un eco a su servicio. La sencillez repetía la fábula, pres-tándole acentos de sinceridad. Bonaparte era el *Destino*: lo mismo que él, engañaba con las formas a los espíritus fascinados; mas en el fondo de la impostura se oía resonar la inexorable verdad: «¡Yo soy!» Y el universo ha gemido bajo su planta.

El autor de la obra más acreditada sobre Santa Elena, expone la teoría que Napoleón inventó en favor de los asesinatos; el desterrado voluntario admite como máximas del Evangelio una charlatanería homicida de muchas pretensiones, que podría explicar únicamente la vida de Bonaparte tal como él la quería presentar, y tal como quería que se escribiera. Dejaba sus instrucciones a sus neófitos, el señor conde de las Casas aprendía, sin saberlo, su lección; el gran cautivo, errante por senderos solitarios, arrastraba tras sí a su crédulo adorador con sus mentiras, lo mismo que Hércules suspendía de su boca los hombres con cadenas de oro.

«La primera vez — dice el honrado chambelán—que oí a Bonaparte pronunciar el nombre del duque de Enghien, me puse encendido como la grana. Afortunadamente iba yo detrás de él por una estrecha senda, pues, de otro modo, no hubiera dejado de notarlo. Sin embargo, cuando por la vez primera desenvolvió el conjunto de este acontecimiento con todos sus detalles; cuando expuso los diferentes motivos con su lógica estricta, luminosa y atractiva, debo decir que el asunto tomó a mis ojos un aspecto completamente nuevo... El emperador habló muchas veces de él, lo que me hizo descubrir en su persona rasgos característicos muy pronunciados. Pude ver en él, con este motivo, y en diversas ocasiones, al hombre privado batallando con el hombre público; y los sentimientos naturales de su corazón en oposición con su orgullo y con la dignidad de su posición. En el seno de la intimidad no se mostraba indiferente a la suerte del desgraciado príncipe, pero en cuanto se hallaba en público, entonces era distinto. Un día, después de haber hablado conmigo de la suerte y de la juventud de aquel desgraciado, terminó diciendo: «Después supe que me apreciaba; me

han asegurado que hablaba de mí con cierta admiración, y, sin embargo, he aquí la justicia distributiva de este mundo.» Y estas frases fueron dichas con tal expresión; toda su fisonomía se hallaba tan en armonía con ellas, que si el que deploraba Napoleón hubiese estado entonces en su poder, estoy seguro que, cualesquiera que fuesen sus intenciones o sus actos, hubiera sido perdonado inmediatamente... El emperador tenía costumbre de considerar este suceso desde otros puntos de vista muy diferentes: el del derecho común, o sea el de la justicia establecida, y el del derecho natural, o de los extravíos de la violencia.

»Hablando entre nosotros, Napoleón decía que la falta, en su esencia, podía muy bien atribuirse a un exceso de celo; y, en lo exterior, a miras privadas o a misteriosas intrigas. Decía que había sido impulsado inopinadamente, que habían sorprendido, por decirlo así, sus ideas, precipitado sus disposiciones, encadenado sus resultados. «Seguramente—exclamaba—, si hubiese yo sido instruido a tiempo de ciertas particularidades referentes a las ideas y carácter del príncipe; si, sobre todo, hubiese visto la carta que me escribió, y que no me remitieron, Dios sabe por qué, seguramente hubiera perdonado.» Y era muy fácil notar que únicamente el corazón y la naturaleza dictaban estas palabras al emperador; esto únicamente hablando en familia, y porque se hubiera creído humillado de que pudiera suponerse por un momento que procuraba echar la culpa a otro, o que se bajaba hasta el extremo de justificarse; su temor en este punto, o más bien su susceptibilidad, era tal, que, hablando a personas extrañas o escribiendo sobre este asunto para el público, se circunscribía a decir que si hubiese tenido conocimiento de la carta del duque, tal vez le hubiese perdonado, vistas las grandes ventajas políticas que hubiera podido obtener de ella; y trazando con su mano sus últimos pensamientos, que él supuso que debían ser consagrados a sus contemporáneos y a la posteridad, añade sobre este asunto, que confiesa ser uno de los más delicados, que si se encontrase en las mismas circunstancias, volvería a hacer lo que hizo.»

París, 1832.

LO QUE SE DEDUCE DE TODO LO QUE VA DICHO. — ENEMISTADES SUSCITADAS POR LA MUERTE DEL DUQUE DE ENGHEN. — UN ARTÍCULO DE «EL MERCURIO». — CASTIGO DE BONAPARTE EN VIDA. — ABANDONO DE CHANTILLY. — AÑO DE MI VIDA 1804. — VOY A HABITAR A LA CALLE DE MIROMESNIL. — VERNEUIL. — ALEJO DE TOCQUEVILLE. — MESNIL.—MEZY. — ME-REVILLE. — LA SEÑORA DE COISLIN.

La vida de Bonaparte suministra una gran lección. Dos actos criminales prepararon y motivaron su caída: la muerte del duque de Enghien y la guerra de España. Por más que él haya querido ahogarlos en su gloria, ellos han subsistido para perderle. Pereció por la parte que se juzgaba más fuerte, más invencible, cuando violaba las leyes de la moral, des-cuidando y despreciando su importancia; esto es, sus cualidades superiores en el orden, en la equidad. En tanto que se limitó a atacar a la monarquía y a los extranjeros enemigos de Francia, le acompañó la victoria; pero se vió despojado de su fuerza en el momento en que marchó por un mal camino; el caballo cortado por Dalila no simboliza otra cosa que la pérdida de la virtud. El crimen lleva consigo una incapacidad radical y un germen de desgracia; practiquemos, pues, el bien, si pretendemos ser felices, y seamos justos para ser sabios.

En prueba de esta verdad, nótese que en el momento de la muerte del príncipe empezó la disidencia que, creciendo en proporción con la mala fortuna, provocó la caída del que llevó a cabo la tragedia de Vincennes. El gabinete de Rusia, con motivo del arresto del duque de Enghien, envió enérgicas protestas contra la violación del territorio del Imperio. Bonaparte sintió el golpe, y respondió en *El Monitor* con un artículo sangriento, recordando la muerte de Pablo I. En San Petersburgo se habían celebrado honras fúnebres por el joven Condé. Sobre el cenotafio se leían: «Al duque de Enghien quem devoravit bellua Corsica.» Las dos potencias adversarias se reconciliaron pronto, al menos aparentemente; pero la mutua herida que había abierto la política y dilatado el insulto quedó perenne en el corazón; Na-

poleón no se consideró vengado hasta que fué a descansar a Moscou: Alejandro no se vió satisfecho hasta que entró en París.

El odio del gabinete de Berlín tuvo el mismo origen; habló aquí de la noble carta del señor de Laforest, en la que contaba al señor de Talleyrand el efecto producido por el fusilamiento del duque de Enghien en la corte de Postdam. Madama de Staël estaba en Prusia cuando llegó la nueva de Vincennes. «Estaba yo en Berlín—dice—, sobre el muelle de la Sprée, y mi habitación era un cuarto bajo. Una mañana, a eso de las ocho, me despertaron, para anunciarme que el príncipe Luis Fernando se hallaba a caballo bajo mis ventanas, y que me suplicaba saliese a hablarle. «¿Sabéis—me dijo— que el duque de Enghien ha sido arrancado del territorio de Baden, entregado a una comisión militar y ejecutado veinticuatro horas después de su llegada a París?» «¿Qué locura!—le contesté—: ¿no conocéis que los que hacen circular esos rumores son los enemigos de Francia? (Confieso, en efecto, que por grande que fuese mi rencor contra Bonaparte, no llegaba a creer en la posibilidad de una infamia semejante.)» «Puesto que lo dudáis—me respondió el príncipe Luis—, os enviaré el *Monitor*, en el que podréis leer la sentencia.» Y, dichas estas palabras, partió; la expresión de su fisonomía presagiaba la venganza o la muerte. Un cuarto de hora más tarde tuve en mis manos *El Monitor* del 21 de marzo (30 de lluvioso), que contenía una sentencia de muerte, pronunciada por la comisión militar creada en Vincennes, contra el llamado *Luis de Enghien*. ¡De este modo nombraban los franceses al nieto de los héroes que han hecho la gloria de su patria! Aun cuando hubiesen abjurado de todas las preocupaciones del ilustre nacimiento que la vuelta de las formas monárquicas debía necesariamente renovar, ¿es posible blasfemar de esa manera de los recuerdos de la batalla de Lens y de la de Rocroy? Ese mismo Napoleón, que tantas batallas ha ganado, no sabe ni aun respetarlas; para él no existe ni pasado ni porvenir; su alma imperiosa y llena de orgulloso desdén, no reconoce nada de lo consagrado por la opinión; no admite el respeto sino hacia la fuerza existente. El príncipe Luis me escribía, comenzando su billete por estas palabras: «El llamado Luis de Prusia desea preguntar a madama de Staël, etc.» Re-

sentíase de la injuria hecha a la sangre real a que pertenecía, a la memoria de los héroes entre los cuales aspiraba ardientemente a colocarse. ¿Cómo, después de este horroroso atentado, pudo unirse a un hombre como ése un solo rey de Europa? ¿Se dirá que obligado por la imperiosa necesidad? Hay un santuario en el alma, en el cual jamás debe penetrar su imperio; si así no fuese, ¿qué sería la virtud sobre la tierra? Un entretenimiento que sólo convendría a los tranquilos placeres de los hombres privados.»

Este resentimiento del príncipe, que debía pagar con la vida, duraba aún cuando se empezó la campaña de Rusia en 1805. Federico Guillermo dice en su manifiesto del 9 de octubre: «Los alemanes no han vengado la muerte del duque de Enghien; pero jamás se borrará de su memoria el recuerdo de este atentado.»

Estos detalles históricos, poco apreciados, merecían serlo, no obstante, porque ellos explican las enemistades cuya causa sería difícil encontrar en otra parte, y mostrando, al mismo tiempo, los escalones porque la Providencia conduce el destino de un hombre, para llegar desde la culpa al castigo.

¡Dichoso yo, que no fui a lo menos turbado por el miedo, ni atacado por el contagio, ni arrastrado por los malos ejemplos! La satisfacción que experimento hoy por lo que entonces hice, me confirma más y más en que la conciencia no es una quimera. Más satisfecho que todos esos potentados, que todas esas naciones rendidas a los pies del glorioso vencedor, repaso con un orgullo digno de excusa esta página que me ha quedado como mi único bien, y que a nadie debo sino a mí. En 1807, conmovido aún por el atentado que acabo de referir, escribía las siguientes líneas: ellas hicieron suspender la publicación de *El Mercurio*, exponiendo nuevamente mi libertad:

«Cuando en el silencio de la abyección no se oye más que el ruido de la cadena del esclavo y la voz del delator; cuando todo tiembla ante el tirano, y es tan peligroso incurrir en su favor como en su desgracia, el historiador parece encargado de la venganza de los pueblos. En vano prospera Nerón. Tácito ha venido ya al mundo en el imperio; crece ignorado al lado de las cenizas de Germánico, y ya la equitativa Providencia ha entregado a un hijo obscuro la gloria del señor del mun-

do. Si el papel de historiador es hermoso, es, sin embargo, peligroso en ocasiones; pero hay altares, como el del honor, que, aunque abandonados, reclaman todavía sacrificios: el Dios no se ha aniquilado, aunque su templo esté desierto. En cualquier parte en que quede a la justa causa una probabilidad, por pequeña que sea, debe tentarse a la casualidad, sin que esto pueda llamarse heroísmo; las acciones magnánimas son aquellas cuyo resultado previsto es la desgracia y la muerte. ¿Qué significan los reveses, si nuestro nombre, pronunciado por la posteridad, va a hacer latir un corazón generoso dos mil años después de nuestra muerte?»

La muerte del duque de Enghien, introduciendo un nuevo principio en la conducta de Bonaparte, descompuso su recta inteligencia. Se vió precisado a adoptar como un escudo, máximas en que no tuvo a su disposición la fuerza entera, pues las falseaba a cada paso por su gloria y por su genio. Hízose sospechoso; causó miedo; perdióse la confianza que se había depositado en él y en su destino; vióse obligado a conocer, ya que no a buscar, hombres que no hubiera conocido jamás, y que, por su influencia, se consideraban sus iguales: el contagio de su llaga se extendía por todo su cuerpo. No se atrevía a recriminar a estos hombres, porque había perdido la libertad de hacerlo. Sus grandes cualidades eran las mismas; pero sus buenas inclinaciones se habían alterado, y no las sostuvieron; con la corrupción de aquella mancha original se deterioró su naturaleza. Dios mandó a sus ángeles que destruyeran la armonía de aquel universo, trastornando sus leyes, e inclinándolo sobre sus polos: «Los ángeles—dice Milton—impedieron oblicuamente el centro del mundo... el sol recibió la orden de invertir su curso sobre el camino del ecuador... los vientos desgajaron los árboles y cambiaron los mares.»

They with labor push'd
Oblique the centric globe... the sun
Was bid turn reins from th' equinoctial road
... (winds)
... round the woods, and seas upturn.

Las cenizas de Bonaparte, ¿serán exhumadas como lo han sido las del duque de Enghien? Si yo hubiese podido hacerlo, esta última víctima dormiría aún sin honores en el foso del castillo de Vincennes. Este *excomulgado* debería haber sido puesto, como Raimundo de Tolosa,

en un ataúd abierto; la mano de ningún hombre debió haber osado cubrir bajo una tabla al testigo de los juicios incomprensibles y de la cólera de Dios. El esqueleto abandonado del duque de Enghien y la tumba olvidada de Napoleón, en Santa Elena, formarían contrapeso; nada habría más conmemorativo que estos restos, unos frente a los otros, en los dos extremos de la tierra.

Aquí, en Chantilly, fué donde nació el duque de Enghien. *Luis Antonio Enrique de Borbón, nacido el 2 de agosto de 1772 en Chantilly*, dice la sentencia de muerte. En estos prados jugó durante su infancia; la huella de sus pasos se ha borrado. Y el vencedor de Friburgo, de Nordlingen, de Lens, de Senef, ¿adónde fué con sus manos victoriosas, ahora desfallecidas? Y sus descendientes, el Condé de Johannisberg y de Berstheim, y su hijo y su nieto, ¿dónde están? Ese castillo, esos jardines, esas fuentes, que no callaban ni de día ni de noche, ¿qué se han hecho? Estatuas mutiladas; leones de los que a cada paso se restauran las garras o las mandíbulas; trofeos de armas esculpidos en un muro ruinoso; escudos de flores de lis borradas; cimientos de torres demolidas; algunas crujió de mármol bajo las caballerizas desiertas en las que ya no resuenan los relinchos del caballo de Rocroi; al lado de un picadero una elevada puerta no concluida; he aquí lo que queda de los recuerdos de una heroica raza: un testamento, anudado por un cordón, ha cambiado los poseedores de aquella herencia.

La selva entera ha caído a pedazos bajo el hacha. Personas que en los tiempos pasados recorrieron esos sitios, hoy insignificantes, ¿qué edad y qué pasiones tenían cuando descansaban al pie de esas encinas? ¿Qué pensamiento les ocupaba? ¡Oh inútiles *Memorias* mías! Yo no podría decirlos ahora:

¡Que Condé os lea alguna vez en Chantilly; que Enghien se enternezca!

Hombres oscuros, ¿qué somos nosotros al lado de esos ilustres varones? Desapareceremos para no volver: tú renacerás, ¡oh clavellina! que reposas sobre mi mesa, al lado de este papel; pequeña flor que yo he cogido atrasada entre los brezos; pero nosotros no reviviremos con el solitario perfume que me ha distraído.

Desde entonces, separado de la vida activa, pero protegido por la influencia

de la señora Bacciochi contra la cólera de Bonaparte, abandoné mi habitación provisional de la calle de Beaune, y fui a habitar a la de Miromesnil. La pequeña habitación que yo alquilé fué ocupada más tarde por el señor de Lally-Tolendal y la señora Denain, su *muy amada*, como se decía en tiempo de Diana de Poitiers. Mi jardín daba a un almacén de maderas, y tenía al lado de mi ventana un gran álamo que el señor de Lally-Tolendal derribó por sí mismo con su robusta mano. El empedrado de la calle terminaba delante de mi puerta; más adelante la calle, o, mejor dicho, el camino, subía por un terreno desigual, que se llamaba el *Cerro de los Conejos*. Dicho terreno, sembrado de algunas casas aisladas, concluía a la derecha en el jardín del Tivoli, punto de donde salí con mi hermano para la emigración; a la izquierda está el jardín de Monceaux. Me paseaba con frecuencia por aquel abandonado jardín; la revolución empezó en él, en medio de las orgías del duque de Orleans: aquel lugar había sido embellecido con estatuas desnudas de mármol, con ruinas artificiales, símbolo de la política ligera y desbordada que iba a cubrir a Francia de prostitutas y de ruinas.

No me ocupaba en nada, todo lo más que hacía era entretenerme en el jardín con algunos abetos, hablando del duque de Enghien con tres o cuatro cuervos, a la orilla de un río artificial, escondido bajo un tapiz de verde musgo. Privado de mi legación alpina y de mis amistades de Roma, del mismo modo que había sido privado de repente de mis relaciones de Londres, no sabía qué hacer de mi imaginación y de mis sentimientos.

Entre tanto mi dimisión había aumentado mi renombre: un poco de valor sienta siempre bien en Francia. Algunas personas de las antiguas reuniones de la señora de Beaumont, me introdujeron en nuevas sociedades.

El señor de Tocqueville, cuñado de mi hermano y tutor de mis dos sobrinos huérfanos, vivía en el palacio de la señora de Senazan: en todas partes había herencias del patíbulo. Allí crecían mis sobrinos, con sus tres primos, los de Tocqueville, entre los cuales se hallaba Alejo, autor de la *Democracia en América*. Más mimado estaba él en Verneuil que yo lo estuve en Combourg. ¿Será ésta la última capacidad que he visto pasar ignorada en embrión? Alejo de Tocqueville recorrió la América civilizada, de la

cual yo no visité más que las selvas. Verneuil ha cambiado de dueño, ha pasado a manos de la señora de Saint-Fargeau, célebre por su padre y por la revolución que la adoptó por hija.

Cerca de Mantes, en Ménil, estaba la señora de Rosambo: mi sobrino Luis de Chateaubriand se casó allí después con la señorita de Orglandes, sobrina de la señora de Rosambo: ésta no hace brillar su belleza junto al estanque ni bajo las hayas de su mansión; ha pasado ya. Cuando iba desde Verneuil a Ménil, casi siempre encontraba en el camino a Mezy: la señora de Mezy era una novela, encerrada en la virtud y en el amor maternal. Si al menos su hijo, que cayó desde una ventana y se rompió la cabeza, hubiese podido, como las codornices que cazábamos, volar desde allí y refugiarse en la Isla-Bella, isla pequeña del Sena, *Coturnix per stipulas pascens!*

En la otra orilla del Sena, no lejos del Marais, la señora de Vintimille me presentó a Mereville. Mereville era un oasis emanado de la sonrisa de una musa; una de esas musas que los poetas galos llamaban *doctas hadas*. Allí se habían leído las aventuras de *Blanca* y de *Velleda* ante generaciones elegantes, que, escapándose unas de otras, como las flores, escuchan hoy las quejas de mis años.

Lentamente mi inteligencia fatigada del reposo en mi retiro de Miromesnil, vi aparecer lejanos fantasmas. *El Genio del Cristianismo* me inspiró la idea de hacer la prueba de esta obra, mezclando personajes cristianos a personajes mitológicos. Una sombra que mucho tiempo después llamé Cimodocea, se bosquejó vagamente en mi imaginación, aunque todavía sin perfiles bien marcados. Comprendida una vez Cimodocea, me encerré con ella, como acostumbro hacer siempre con las hijas de mi imaginación; pero antes de que éstas salgan del estado de sueño, y antes de que hayan pasado desde las orillas del Leteo por las puertas de marfil, varían de forma muchas veces. Si las creo por amor, las destruyo por amor, y el objeto querido que doy a luz es el producto de mil infidelidades.

Tan sólo un año habité en la calle de Miromesnil, porque fué vendida la casa que yo ocupaba. Arregléme después con la señora marquesa de Coislin, que me alquiló el sotabanco de su palacio en la plaza de Luis XV.

La señora de Coislin era una señora de modales muy distinguidos: su edad frisaría en los ochenta años, y sus ojos, orgullosos y dominantes, tenían una singular expresión de talento y de ironía. La señora de Coislin carecía de ciencia, de lo cual se envanecía; había atravesado el siglo volteriano sin saberlo, y si alguna idea había tenido de él, se redujo a considerarlo como una época de cultura popular. No es esto decir que ella hablase nunca de su nacimiento; poseía demasiado talento para incurrir en el ridículo: sabía tratar a sus inferiores sin avergonzarse; pero nunca podía olvidar que era hija del primer marqués de Francia. Aun cuando descendía de Drogon de Nesle, muerto en 1096, en Palestina, de Raoul de Nesle, condestable, y armado caballero por Luis XI, y de Juan II de Nesle, regente de Francia en tiempos de la última cruzada de San Luis, la señora de Coislin decía que esto era una necedad de la fortuna, de que ella no podía hacerse responsable; pertenecía, por su origen, a la corte, como otras más felices pertenecen a la calle; lo mismo que hay yeguas de raza y matalonas de fiacre: no podía hacer nada contra aquel acaso de la fortuna, y soportaba el mal con que el cielo había querido castigarla.

¿Estuvo la señora de Coislin en relaciones con Luis XV? Esto fué lo que nunca me confesó; aseguraba, sin embargo, que había sido muy amada, pero siempre pretendió haber tratado con sumo rigor al real amante: «Le vi muchas veces a mis pies—decía—, y confieso que tenía unos ojos hermosos y un lenguaje seductor. Me propuso un día regalarme un neceser de porcelana, como el que tenía la señora de Pompadour. ¡Ah, señor!—le dije—; ¿sería para ocultarme debajo de él?»

Por una extraña casualidad vi aquel neceser en casa de la marquesa de Cunningham, en Londres; había sido regalo de Jorge IV, y me lo enseñaba con una sencillez encantadora.

La señora de Coislin ocupaba en su palacio una habitación que se abría bajo la columnata que corresponde a la columnata del guardamuebles. Dos marinas de Vernet, regalo del *muy amado* Luis, estaban clavadas sobre una antigua tapicería de raso verde. La señora de Coislin permanecía hasta las dos en su cama, incorporada y recostada sobre almohadas. Una especie de cofia de no-

che mal prendida a su cabeza dejaba escapar algunos cabellos grises. Gruesas arracadas de diamantes, montados a la antigua, caían sobre las hombreras de su sobretodo de cama, lleno de tabaco, como en tiempo de los elegantes de la Fronda. A su alrededor, y entre la colcha, veíanse esparcidos confusamente una porción de sobres separados de sus cartas, en los cuales la señora de Coislin escribía en todos sentidos sus pensamientos: nunca compraba papel, porque la proveía de él el correo. A menudo, una perrita, llamada *Lili*, sacaba el hocico por bajo de las sábanas, me ladraba por espacio de cinco o seis minutos, volviéndose a esconder bajo la ropa. A este estado habían reducido los años a la joven amante de Luis XV.

La señora de Chateauroux y sus dos hermanas eran primas de la señora de Coislin; ésta no hubiera tenido la misma paciencia que la señora de Mailly, arrepentida y cristiana, cuando contestó a un hombre que la insultaba en la iglesia de San Roque con un dictado bastante indecoroso: «Amigo mío, puesto que me conoce, ruegue a Dios por mí»

La señora de Coislin, avara como lo son muchas personas de talento, amontonaba el dinero en sus cofres. Este vicio la dominaba; cuando se hallaba ocupada en el arreglo de sus interminables cuentas, me parecía estar viendo el avaro Hermócrates, que, dictando su testamento, se nombraba a sí mismo por heredero. A pesar de esto, tenía de vez en cuando convidados a su mesa; pero acababa echando pestes contra el café, que a nadie gustaba, según decía, y que no tenía más objeto que el de prolongar la comida.

La señora de Chateaubriand hizo un viaje a Vichy con la señora de Coislin y el marqués de Nesle; éste se adelantaba siempre una jornada, y hacía preparar buenas comidas; pero la señora de Coislin después no pedía más que media libra de cerezas. Al salir le presentaban una cuenta enorme, y entonces era ella: la buena señora decía que sólo había tomado unas cerezas, y el posadero replicaba que en las posadas se acostumbraba pagar la comida, tanto si se comía, como si no.

La señora de Coislin tenía una religión a su modo; crédula e incrédula, la falta de fe la hacía burlarse de creencias cuya superstición le causaba miedo. Se encontró en cierta ocasión con la señora

de Krüdener; la misteriosa francesa no se hallaba iluminada sino a beneficio de inventario; no agradó a la ferviente rusa, la que tampoco le agradó a ella. La señora de Krüdener preguntó a la señora de Coislin: «Señora, ¿quién es su confesor interior?» «Señora—contestó la señora de Coislin—: no conozco a mi confesor; sé únicamente que mi confesor está en el interior de su confesonario.» Las dos mujeres se separaron para no volver a verse.

La señora Suard, que vivía en la calle Real, tenía un gallo, cuyo canto importunaba a la señora de Coislin, tanto, que ésta escribió a aquélla: «Señora, haga usted que corten la cabeza a su gallo.» La señora Suard devolvió la respuesta siguiente: «Señora, tengo el honor de decirle que de ninguna manera haré cortar la cabeza a mi gallo.» No pasó de aquí la correspondencia; pero la señora de Coislin dijo a la señora de Chateaubriand: «¡Dios mío; qué tiempos estos! ¡Y esa mujer es la hija de Panckoucke, la esposa de ese miembro de la Academia! Ya sabe usted a quién me refiero.»

El señor Hennin, antiguo empleado en el ministerio de Estado, y tan enfadoso como un protocolo, zurcía algunas malas novelas. Leyendo cierto día a la señora de Coislin una descripción en que una amante triste y abandonada pescaba melancólicamente un salmón, la marquesa, que no era aficionada a este pescado, interrumpió al autor, diciéndole con un tono muy serio, que le sentaba admirablemente: «Señor Hennin, ¿no podría usted hacer que esa enamorada pescase otro pez?»

Las anécdotas que refería la señora de Coislin no podían retenerse en la memoria, porque carecían de fondo; toda su belleza consistía en la pantomima, en el acento y la expresión de la narradora, y nunca se la veía reír. Refería un diálogo entre el señor y la señora Jacqueminot, en que estaba inimitable. Cuando en la conversación entre ambos esposos, la señora de Jacqueminot decía: «¡Pero, señor Jacqueminot!»; pronunciaba este nombre de tal manera, que no podía uno menos de soltar la carcajada. La señora de Coislin, entre tanto, esperaba gravemente a que concluyese la risa, y tomaba un polvo.

Al leer en un periódico la muerte de muchos reyes, quitóse los anteojos, y dijo sonándose: «Se ha declarado una epizootia entre los animales coronados.»

Cuando estaba próxima a abandonar el

mundo, decía no sé quién a la cabecera de su cama que nadie sucumbía sino por su culpa, y que si siempre se estuviera en guardia contra el enemigo, no se moriría nadie: «Lo creo—dijo la señora de Coislin—; pero temo mucho haber tenido una distracción.» Y poco después expiró.

Al día siguiente bajé a su casa; encontré en ella al señor de Avaray, su esposa, su hermana y su cuñado, sentados delante de la chimenea, y contando sobre una mesita una porción de luises que habían sacado de un escondrijo, encerrados en un gran saco. La pobre difunta estaba allí cerca, en su cama y con las cortinas medio descubiertas: ya no escuchaba el ruido del oro, que hubiera debido despertarla, y que contaban aquellas manos fraternales.

Entre los varios pensamientos escritos por aquella señora al margen de los impresos o en los sobres de las cartas, hay algunos bastante ingeniosos. La señora de Coislin me había hecho ver lo que quedaba todavía de la corte de Luis XV en tiempo de Bonaparte y después de Luis XVI, así como la señora de Houdeot me hizo conocer los restos existentes aún, en el siglo XIX, de la sociedad filosófica.

París, 1839.

VIAJE A VICHY, A LA AUVERNIA Y A MONT-BLANC. — VUELTA A LYÓN. — VIAJE A LA GRAN CARTUJA.

En el verano del año 1805 fui a reunirme con la señora de Chateaubriand en Vichy, adonde la había llevado la señora de Coislin, como dije anteriormente. No encontré allí a Jussac, a Termes, ni a Flamarens, a quienes la señora de Sevigné había llevado *delante y detrás de sí*, en 1677: hacía más de ciento veinte años que dormían. Quedó en París mi hermana, la señora de Caud, que estaba establecida allí desde el otoño de 1804. Después de una breve estancia en Vichy, la señora de Chateaubriand me propuso que viajásemos para alejarnos por algún tiempo de los enredos políticos.

En mis obras he intercalado dos *Viajes* que hice entonces a la Auvernia y al Mont-Blanc. Después de treinta y cuatro años de ausencia, hombres que no me conocían me recibieron en Clermont como se recibe a un antiguo amigo. El que se ha ocupado mucho tiempo de los principios de que goza la raza humana en co-

munidad, tiene amigos, hermanos y hermanas en todas partes. Para los que se han dejado arrastrar por el renombre y que nunca os han visto, siempre sois el mismo; siempre tenéis la edad que os han supuesto; su entusiasmo, que no decae con vuestra presencia, os mira siempre joven y hermoso, como los sentimientos que admiran en vuestros escritos.

En Bretaña, siendo yo niño, al oír hablar de la Auvernia, me figuraba que era éste un país muy lejano, donde se veían cosas extraordinarias, adonde no se podía ir sino corriendo gran riesgo, y caminando bajo la salvaguardia de la Santa Virgen. Siempre he mirado con una especie de tierna curiosidad a esos jóvenes auverneses que van a buscar fortuna por el mundo con una pequeña caja de abeto. Al bajar de sus rocas no tienen otra cosa que la esperanza dentro de su caja: ¡dichosos de ellos si la vuelven a llevar a su país!

¡Ay! no hacía aún dos años que la señora de Beaumont reposaba en las orillas del Tíber cuando yo recorrí su tierra natal en 1805; me encontraba solo, a algunas leguas de Mont-Dore, adonde había ella ido a buscar la vida, que alargó únicamente lo bastante para llegar a Roma. El verano anterior, en 1838, recorrí otra vez esa misma Auvernia. Entre estas dos fechas, 1805 y 1838, puedo colocar las transformaciones acaecidas en la sociedad alrededor de mí.

Abandonamos Clermont, y dirigiéndonos a Lyon, atravesamos a Thiers y Roanne. Este camino, poco frecuentado entonces, seguía las riberas del Lignon. El autor de la *Astrea*, que no es un talento superior, inventó, no obstante, sitios y personajes que viven: ¡tal es el poder creador de una ficción acomodada a la edad en que aparecen! Hay, además, algo de ingenioso y de fantástico en aquella resurrección de las ninfas y de las náyades que se confunden con los pastores, con las señoras y con los caballeros: estos mundos diferentes se asociaban bien, y se presentan de una manera agradable las fábulas de la mitología unidas a las mentiras de la novela: Rousseau cuenta cómo fué engañado por Urfé.

En Lyon encontramos de nuevo al señor Ballanche; hizo con nosotros el viaje a Génova y a Mont-Blanc. En Génova no fuí recibido a la puerta de la ciudad por Clotilde, prometida de Clodoveo. El señor de Barante, padre, había sido nombrado prefecto de Lemán. En Coppet fuí

a ver a madama de Staël; estaba sola, encerrada en su palacio. Le hablé de su fortuna y de su soledad como de un medio precioso para hallar la felicidad; pero no le agradaron mis palabras. Madama de Staël prefería el gran mundo: juzgábase la más desgraciada de las mujeres en un destierro que hubiera hecho toda mi felicidad. ¿Podía yo suponer, por ventura, la desgracia en la vida de aquella mujer, que habitaba en sus haciendas, rodeada de todas las posibles comodidades?

¿Qué comparación podía hacerse entre aquella vida pacífica, llena de gloria, pasada en un suntuoso retiro, a la vista de los Alpes, y los millares de víctimas sin pan, sin nombre, sin protección, desterrados en todos los puntos de Europa, en tanto que sus parientes habían perecido en el cadalso? Doloroso es hallarse atacado de una enfermedad que desconocen todos. Sin embargo, esta enfermedad, no es por eso menos activa; no se la alivia comparándola con otras; nadie puede ser juez competente del dolor ajeno; lo que aflige a unos, consuela a otros; los corazones tienen secretos diversos, incomprendibles a los demás corazones. No disputemos a ninguno sus padecimientos; hay dolores lo mismo que patrias; cada uno tiene la suya.

Madama de Staël visitó al día siguiente a la señora de Chateaubriand en Ginebra, y luego partimos para Chamouny. Mi opinión sobre los paisajes de las montañas hizo decir que yo trataba de singularizarme, cosa que no es cierta, a fe mía.

Ya se verá, cuando hable de San Gortardo, que esta opinión ha sido siempre la misma. En mi *Viaje a Mont-Blanc* se lee un pasaje, que debo recordar, por ser el lazo que une los acontecimientos pasados de mi vida a los entonces futuros, hoy pasados también.

«Sólo hay una circunstancia en que es cierto que las montañas hacen olvidar los sinsabores de la tierra, y es la que nos aleja del mundo para consagrarnos a la religión. Un anacoreta que se consagra al servicio de la humanidad; un santo que quiera meditar en silencio sobre la grandeza de Dios, pueden encontrar la paz y la alegría en medio de las rocas desiertas; pero no es la tranquilidad de los lugares la que pasa entonces al alma de estos solitarios, sino, por el contrario, es su alma la que esparce la calma en la región de las tempestades.

Hay montañas que visitaría yo con un singular placer: son las de Grecia y Judea. Me complacería en recorrer los lugares que mis nuevos estudios me obligan diariamente a conocer; iría de buena gana a buscar sobre el Tabor y el Taigeto nuevos colores y nuevas armonías, luego de haber diseñado los montes sin prestigio y los valles desconocidos del Nuevo Mundo.» Esta última frase anunciaba el viaje que hice en el siguiente año de 1806.

A nuestro regreso a Ginebra, que hicimos sin poder volver a ver a madama de Staël, hallamos todas las posadas llenas de gente. Sin las atenciones del señor de Forbin, que nos procuró una mala comida en una habitación peor, hubiéramos tenido que abandonar la patria de Rousseau sin tomar un solo bocado. El señor de Forbin gozaba entonces de una perfecta beatitud: en sus ojos rebosaba la felicidad interior, y sus pies no tocaban la tierra. En alas de su talento y de su gloria, descendía de la montaña como del cielo con su traje de pintor, la paleta en la mano y sus pinceles en forma de carcaj. Hombre honrado, aunque excesivamente dichoso, preparábase a imitarme algún día cuando emprendiese el viaje de Siria, y aun queriendo ir hasta Calcuta, para hacer ir los amores por un camino extraordinario cuando se gastasen en las trilladas sendas. Sus ojos brillaban con una protectora compasión; yo era pobre, humilde; estaba descontento de mí mismo, y no tenía a mi disposición el corazón de las princesas. En Roma tuve el honor de pagar al señor Forbin su comida del lago: había yo merecido la honra de ser embajador. En estos tiempos se ve por la tarde en su trono al pobre vergonzante que por la mañana estaba abandonado en medio de la calle.

El noble caballero pintor, en nombre de la revolución, empezaba esa nueva generación de artistas, que se presentan en forma de croquis, de caprichos y de caricaturas. Unos llevan espantosos bigotes, y se diría que iban a hacer la conquista del mundo. Sus brochas son las lanzas, sus raspadores son los sables; otros van rebozados en interminables barbas, y entre largos y enmarañados cabellos, y fuman un cigarro a manera de un volcán. Estos *mosquitos del arco iris*, como dijo nuestro antiguo Regnier, tienen la cabeza llena de diluvios, de mares, de ríos, de selvas, de cataratas, de tempestades,

de escenas sangrientas, de suplicios y de horcas. En su casa se ven cráneos humanos de duelistas, de trovadores, de capitanes y de soldados. Habladores, emprendedores, impolíticos, liberales (hasta en los retratos del tirano que pintan), forman una especie aparte entre el mono y el sátiro; tratan de dar a entender que los secretos del taller tienen sus peligros, y que no hay en él seguridad para los modelos. ¡Pero a qué precio pagan aquella posición! Al precio de una existencia inquieta, de una naturaleza débil y sensible; de una completa abnegación; de una esclavitud a las miserias de las almas; de una manera de sentir delicada, superior, idealista; de una indigencia orgullosamente aceptada y noblemente soportada alguna vez, en cambio de su talento inmortal, fruto del trabajo, de la pasión, del genio y de la soledad.

Salimos de Ginebra de noche para volver a Lyon, y nos detuvimos al pie del fuerte de la Ecluse, esperando que abrieran sus puertas. Durante esta parada de las brujas de Mácbeth sobre los brazos, pasó en mí una cosa extraordinaria. Mis años transcurridos resucitaban, y me rodeaban como un círculo de fantasmas; mis épocas de pasión se me presentaban con su ardor y su tristeza. Mi vida, destrozada por la muerte de la señora de Beaumont, había quedado vacía: formas aéreas, huríes o sueños, saliendo de este abismo, me cogían de la mano y me volvían a conducir al tiempo de la sílfide. Trasládabanme lejos del sitio que ocupaba, y veía otros horizontes. Como un misterioso poder me impele hacia las regiones de la aurora, adonde, por otra parte, me arrastraban el plan de mi nuevo trabajo y la voz religiosa que me relevó del voto de la aldeana, mi nodriza. Como todas mis facultades habían adquirido un notable incremento; como nunca había abusado de la vida, abundaba ésta en la savia de mi inteligencia, y el arte, triunfante, dentro de mi naturaleza, se unía a mis poéticas inspiraciones. Experimentaba lo que los padres de la Tebaida llaman *ascensiones* del corazón. Rafael (perdóneseme lo blasfemo de la comparación); Rafael, ante *La Transfiguración*, diseñada solamente sobre su caballete, no se hallaba tan electrizado por su obra maestra como lo estaba yo por Eudoro y Cimodocea, personajes cuyos nombres ignoraba todavía, y cuya imagen entreveía a través de una atmósfera de amor.

A mi regreso a Lyon, me encontré con cartas del señor Joubert; anunciábame en ellas su imposibilidad de ir a Villeneuve antes del mes de septiembre. Yo le respondí: «Su salida de París se halla demasiado lejana, y lo siento mucho; ya conoce usted que mi esposa no querrá por ningún estilo llegar a Villeneuve antes que usted; tiene una cabeza a su manera, y desde que se halla a mi lado, estoy a la cabeza de dos cabezas muy difíciles de gobernar. Permaneceremos en Lyon, donde comemos tan bien, que apenas tengo valor suficiente para abandonarlo. El abate de Bonnevie se encuentra aquí, de vuelta de Roma, y está muy bueno; siempre alegre, sermonea, y no se acuerda de sus desgracias; me encarga le envíe un abrazo suyo, y se dispone a escribirle. En fin, todo el mundo está alegre, excepto yo; únicamente usted es el regañón. Diga al señor de Fontanes que he comido en casa del señor Saget.»

El señor Saget era la providencia de los canónigos: vivía cerca de Sainte-Foix, en la región del buen vino. Se subía a su casa sobre poco más o menos por el sitio en que Rousseau había pasado la noche a orillas del Saona.

«Recuerdo — dice — haber pasado una noche deliciosa fuera de la ciudad, en un camino que costea el Saona. Una cordillera de jardines bordeaba el camino por el lado contrario del río: aquel día había sido excesivamente caluroso; la noche estaba hermosa, y el rocío humedecía la florida hierba; no se movía viento alguno; la noche estaba tranquila; la atmósfera fresca, sin ser fría; el sol, después de su puesta, había dejado sobre el cielo vapores rojizos, que reflejaban sobre el agua, matizándola de ráfagas de color de rosa. La arboleda estaba poblada de ruiseñores, que se contestaban unos a otros. Me paseaba con una especie de éxtasis, entregando mis sentidos y mi corazón a todos aquellos goces, y suspirando únicamente por el disgusto de disfrutarlo a solas. Absorto en mis agradables ensueños, prolongué mi paseo hasta muy entrada la noche, sin notar que estaba cansado. Cuando me di cuenta, me recosté voluptuosamente sobre la puertecilla de una cerca; el cielo de mi cama estaba formado por las copas de los árboles; un ruiseñor estaba justamente sobre ellas; me dormí arrullado por su canto; mi sueño fué dulce; el momento de despertar lo fué aun más. Era ya muy entrado el

día; mis ojos, al abrirse, vieron el agua, el verdor y un paisaje admirable.»

Con el encantador itinerario de Rousseau en la mano, se podía ir hasta la casa del señor Saget. Este viejo y delgado sujeto, casado en otro tiempo, llevaba una gorra verde, una levita de camelote gris, un pantalón de nankín, medias azules y zapatos de castor.

Había vivido bastante tiempo en París, donde tuvo relaciones con la señorita Devienne. Esta le escribía cartas muy espirituales, le saqueaba y le daba muy buenos consejos: él no hacía caso, pues nunca tomó las cosas por el lado serio, creyendo, al parecer, como los mejicanos, que el mundo había gastado ya cuatro soles, y que en el último (que es el actual) los hombres habían sido cambiados en monos. No se cuidaba del martirio de San Pothin y de San Ireneo, ni de la degollación de los protestantes colocados uno al lado de otro por orden de Mandelot, gobernador de Lyon, y teniendo todos cortado el cuello de un mismo lado. Frente a frente del campo de los fusilamientos de los Brotteaux, me refería los detalles en tanto que se paseaba por entre sus cepas, intercalando su narración con algunos versos de Loyse Labbé; no habría dejado de tomar un solo bocado durante las últimas desgracias de Lyon en tiempo de la carta-verdad.

En ciertas épocas, y por espacio de cinco noches, aparecía en su mesa una cabeza de ternera marina, cocida en vino de Madera y rellena de cosas muy apetitosas. Varias muchachas del campo, muy lindas, servían la mesa, propinando excelente vino de su cosecha, encerrado en frascos de la cabida de tres botellas. Yo, y el capítulo de sotanas, nos inclinábamos ante el festín Saget.

Nuestro anfitrión terminó bien pronto sus provisiones: en la ruina de sus últimos momentos fué recogido por dos o tres antiguas queridas que lo habían saqueado; «especie de mujeres—dice San Cipriano—que viven como si pudiesen ser amadas, *quæ sic vivis ut possis cõn-mari*».

Abandonamos las delicias de Capua para ir a visitar la Cartuja, siempre con el señor Ballanche. Tomamos una carretela, cuyas ruedas remendadas hacían un ruido espantoso. Llegados a Voreppe, nos detuvimos en una posada en lo más alto de la ciudad. Al día siguiente, al amanecer, montamos a caballo, y salimos

precedidos de un guía. En el pueblo de San Lorenzo, al pie de la Gran Cartuja, atravesamos la puerta del valle, y continuamos por entre las rocas el camino que sube al monasterio. Os hablé, a propósito de Combourg, de lo que experimenté en aquel sitio. Edificios abandonados se veían aquí y allá, bajo la vigilancia de un guarda de ruinas. Un pobre hombre había permanecido en aquellos lugares, cuidando a un solitario enfermo que acababa de morir: la religión había impuesto a la amistad la fidelidad de la obediencia. Vimos la estrecha sepultura cubierta recientemente: Bonaparte, al mismo tiempo, se preparaba a abrir otra sepultura inmensa en Austerlitz. Nos enseñaron el convento, las celdas, cada una con un jardín y un taller. Veíanse allí bancos de tornero y tornos: la mano había dejado escapar el buril. Una galería ostentaba los retratos de los superiores de la Cartuja. El palacio ducal en Venecia conserva la sucesión de los *ritratti* de los dux; ¡sitios y recuerdos distintos! Más lejos nos condujeron a la capilla del recluso inmortal de Le Sueur.

Después de haber comido en una gran cocina, volvimos a ponernos en camino, y nos encontramos al señor Chaptal, llevado en un palanquín como un rajah, boticario en otro tiempo, después senador, luego propietario de Chanteloup e inventor del azúcar de remolacha, ávido heredero de las hermosas rosas indianas de Sicilia, perfeccionadas por el sol de Otahiti. Al volver a bajar por las selvas, encontraba a los antiguos cenobitas entregados a sus meditaciones. Por espacio de siglos enteros se ocuparon en llevar sobre sus hombros plantas de abeto cubiertas de tierra, que después se convirtieron en árboles sobre las rocas. ¡Felices vosotros, que cruzasteis el mundo sin ruido, y que no volvisteis la cabeza hacia él en vuestra travesía!

Apenas llegamos a la puerta del valle, cuando estalló una tempestad; un diluvio se precipitaba sobre aquellas rocas, y torrentes de agua salían de todos los barrancos. La señora de Chateaubriand, a quien el miedo prestaba sus alas, galopaba por encima de los guijarros; y en medio de los relámpagos y de la lluvia había arrojado su paraguas para oír mejor los truenos; nuestro guía le gritaba: «¡Encomiende su alma a Dios! En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.» Llegamos a Voreppe con repique de campanas; los restos de la tem-

pestad se hallaban ante nuestros ojos. Veíase de lejos el incendio de un pueblo, y la luna asomaba la parte superior de su disco por cima de las nubes, pálida como la frente de San Bruno, fundador de la orden del silencio. El señor Ballanche, empapado por la lluvia, decía con su inalterable tranquilidad: «Estoy como el pez en el agua.» En 1838 volví a ver a Voreppe; ya no había tempestad, pero me quedan dos testigos, la señora de Chateaubriand y el señor Ballanche.

De vuelta a Lyon, dejamos allí a nuestro compañero, y marchamos a Villeneuve. Vivían allí tres viejas solteras, las señoritas de Piat, que me recordaban las tres amigas de mi abuela en Plancœt, con la sola diferencia de posición social. Las vírgenes de Villeneuve murieron sucesivamente. ¿Qué decían en sus tiempos estas señoritas de aldea? Hablaban de un perro y de un manguito que su padre les compró en otro tiempo en la feria de Sens. Esto me entretenía tanto como el concilio de esta misma ciudad, en que San Bernardo hizo condenar a Abelardo, mi compatriota. Las vírgenes del manguito, ¿eran, acaso, otras tantas Eloíisas? ¡Algún día, tal vez, tuvieron amores, y sus cartas, encontradas más tarde, admirarán al porvenir! ¿Quién sabe? Quizá escribían a su señor, a su padre, a su hermano, a su esposo: «domino suo, imo patri, etc.», que se creían honradas con el nombre de amiga, con el de *querida* o *cortesana, concubina vel scortii*. «Con toda su sabiduría—dice un grave doctor—, encuentro que Abelardo hizo una admirable locura cuando sobornó de amor a su discípula Eloísa.»

París, 1839.

MUERTE DE LA SEÑORA DE CAUD

Me esperaba en Villeneuve un gran sentimiento. Para poderlo contar, es necesario que retrocedamos algunos meses, antes de mi viaje a Suiza. Ocupaba aún la casa de la calle de Miromesnil, cuando en el otoño de 1804, fué la señora de Caud a París. La muerte de la señora de Beaumont acabó de alterar la razón de mi pobre hermana; poco se necesitaba para que no creyese en esta muerte, para que sospechara que había algún misterio en aquella desaparición, y para que colocase al cielo en el número de enemigos que se complacían en sus desgracias. Ya en aquella época nada po-

seña; yo le había escogido una habitación en la calle de Caumartin, engañándola con respecto al precio del alquiler, y también sobre los gastos de su comida, ajustándome con un fondista. Como una lámpara próxima a extinguirse, su imaginación despedía una vivísima luz, que la iluminaba enteramente. Trazaba algunas líneas, que arrojaba después al fuego, o bien copiaba de los libros algunas páginas que se hallaban en armonía con la situación de su alma. Poco tiempo permaneció en la calle de Caumartin; se fué a vivir a las monjas de San Miguel, calle del barrio de San Jacobo: la señora de Navarra era la superiora del convento. Lucila ocupaba una pequeña celda que daba sobre el jardín: repetidas veces noté que seguía con la vista y con cierta expresión de lúgubre deseo a las religiosas, cuando éstas se paseaban en el cercado por entre los cuadros de hortaliza. Se adivinaba en aquella mirada la envidia de la santa, que la hacía aspirar a ser ángel. No puedo menos de santificar estas *Memorias*, conservando en ellas, a modo de reliquias, estas cartas de la señora de Caud, que escribió antes de tomar vuelo hacia su patria inmortal.

17 de enero.

«Tenía yo puesta mi felicidad en ti y en la señora de Beaumont: con vuestro recuerdo me libraba de mi fastidio y de mis penas; mi única ocupación era la de amaros. Pero esta noche he reflexionado detenidamente sobre tu carácter y sobre tu modo de ser. Como tú y yo somos siempre vecinos, es menester, al menos así lo creo, mucho tiempo para conocerme: ¡tantos y tan diversos son los pensamientos que ocupan mi cabeza! ¡Y tanto mi timidez y mi especie de debilidad exterior se halla en oposición con mi fuerza interior! Demasiado has hecho por mí. Ilustre hermano mío, te estoy sinceramente reconocida por las muestras de amistad que no has cesado de darme. Esta es la última mía que recibirás hoy por la mañana. Por más que haya tratado de hacerte partícipe de mis ideas, no por eso quedan en mí con menos integridad.»

Sin fecha.

«¿Crees, efectivamente, amigo mío, que estoy al abrigo de la impertinencia del señor de Chênédollé? Me hallo decidida a invitarle a no proseguir sus visitas, y me resigno a que la del martes

seá la última. No quisiera, a pesar de esto, ofender su cortesanía. Cierro para siempre el libro de mi destino con el sello de la razón; no consultaré más sus páginas ni para bagatelas ni para las cosas más importantes de la vida. Renuncio a todas mis locas ideas; no quiero ocuparme ni afligirme con las de nadie; me entregaré a discreción a todos los acontecimientos de mi tránsito por este mundo. ¡Oh, cuánto siento ocupar tanto la imaginación conmigo misma! De aquí en adelante Dios no puede castigarme sino en ti. Le doy gracias del precioso y querido don que me ha hecho de tu persona, y por haber conservado mi vida sin tacha: éstos son mis únicos tesoros. Podría tomar por emblema de mi vida a la luna, envuelta en una nube con esta divisa: «Obscurecida muchas veces; pero nunca empañada.» Adiós, amigo mío. Te admirarás de la variación de mi lenguaje de ayer a hoy. Después de haberte visto, he elevado mi corazón a Dios, y lo he colocado íntegro al pie de la cruz, que es su único y verdadero lugar.»

Hoy jueves.

«Buenos días, amigo mío. ¿De qué color son tus ideas esta mañana? En cuanto a mí, me hallaba ahora pensando en que la única persona capaz de aliviar mis penas, cuando temía por la vida de la señora de Tarcy, era la que me dijo: «En el orden de las cosas posibles está que se puede usted morir antes que ella. ¡Oh, qué bien me comprendía! Sólo la idea de la muerte puede tranquilizarme por mi porvenir.» Me apresuro a dejarte en paz por hoy, porque me siento con deseo de decir cosas muy buenas. Buenos días, querido hermano. Conservate dichoso.»

Sin fecha.

«Cuando la señora de Tarcy existía, encontrándome siempre a su lado, no había conocido la necesidad de tener que asociar mis sentimientos a los de nadie; poseía aquel bien sin conocerlo. Pero, desde que esta amiga nos falta, y desde que las circunstancias me han separado de ti, comprendo el suplicio de no poder desahogar y refrescar mi imaginación en la conversación de alguien; noto que mis ideas me hacen daño cuando no puedo desembarazarme de ellas, y esto depende, seguramente, de mi mala organización. Con todo, me encuentro bastante satisfecha de mi valor desde ayer: no he

hecho caso de mis penas ni de la especie de desfallecimiento interior que experimento. Estoy mucho más descansada. Continúa siendo siempre cariñoso conmigo: eso será una prueba de humanidad. Adiós, amigo mío. Espero me escribas muy pronto.»

Sin fecha.

«No pases cuidado, amigo mío. Mi salud se restablece notablemente. Muchas veces me pregunto a mí misma por qué me tomo tanto cuidado por ella. Soy como un loco que edificase una fortaleza en medio de un desierto. Adiós, mi querido hermano.»

Sin fecha.

«Como sufro mucho de la cabeza esta noche, no hago más que copiar al acaso algunos pensamientos de Fenelón para cumplir mi compromiso.»

«—Nunca está uno tan estrecho como cuando se encierra dentro de sí mismo. Por el contrario, nunca está uno tan a sus anchas como cuando sale de esta prisión para penetrar en la inmensidad de Dios.»

«—Pronto encontraremos lo que hemos perdido, porque continuamente nos aproximamos a ello a todo correr. Un paso más, y ya no tendremos nada que llorar. Nosotros somos los que morimos; lo que amamos no muere jamás.»

«—Pretendéis auxiliarnos con fuerzas engañosas, tales como las que presta la fiebre ardiente del enfermo. Se nota en usted desde hace algunos días un esfuerzo convulsivo para mostrar valor y alegría en medio de la agonía.»

«Esto es todo lo que mi cabeza y mi mala pluma me permiten escribirte por hoy. Si lo deseas, mañana volveré a empezar mi trabajo, y te diré más cosas. Buenas noches, amigo mío. No me cansaré de repetirte que mi corazón se inclina con respeto ante el de Fenelón, cuya ternura me parece tan íntima, y cuya virtud creo tan elevada. Adiós, amigo mío.»

«Al despertar te envió mil afectos y te bendigo cien veces. Me encuentro muy bien hoy por la mañana, y me inquieta el saber si podrás leer lo que he escrito, y si estos pensamientos de Fenelón te parecerán bien elegidos. Temo que mi corazón haya perjudicado a mi criterio.»

Sin fecha.

«¿Podrás creer que desde ayer me ocupé únicamente en corregirte? Los Blos-